

histórica del estado religioso de San Pedro Pascual, contra lo que escribió D. Juan de Ferreras (Madrid, 1721, en 4.º); *Humaniores atque amœniores ad Musas excursus, sive opuscula poetica* (Madrid, 1729, en 8.º); *Pictor Christianus* (Madrid, 1730, un tomo en folio, que tradujo al castellano D. Luis Durán, en dos tomos en 4.º); tradujo del francés el *Catecismo Histórico*, del abad Fleury (Madrid, 1718, dos tomos en 8.º, que después se ha venido reimprimiendo hasta nuestros días). Dejó manuscritas otras varias obras, que se guardaban en el Archivo de su convento de Madrid, y que eran las siguientes: *Psalmes Egregius, sive de usu et abusu cantus Ecclesiastici*; *Agatarchia, sive de optimo ac christiano regimine*; *Cleandria Hispanica, sive de viris illustribus Hispaniæ*; *Acción heroica en demostración de amor conyugal de una mujer noble española, c n D. Pedro Núñez, de Fuente-Almegiz*, que fué impresa en el Mercurio Literario de Madrid, en 1740. Varios *Elogios* en prosa y verso, á diferentes asuntos, y muchas *Censuras* de libros, en especial la del tomo II del *Teatro critico*.

Inza (Eduardo).

Periodista y escritor cómico, redactor que fué de los periódicos *El Teatro Español*, *La Verdad*, *Las Noticias*, *Los Sucesos*, *Las Cortes* y otros. La prensa dió cuenta de su muerte, ocurrida en Barcelona en 27 de Junio de 1879, diciendo de él que «era un ingenio hablado, y vivirá más por sus frases que por sus obras», con cuyo elogio hizo la más exacta semblanza posible acerca de este escritor, á quien han conocido muchos contemporáneos, y al que todos apreciaban.

Inzenga (José).

Compositor, que nació en 3 de Junio de 1828. Empezó sus estudios musicales bajo la dirección de su padre, y los continuó después con Zamora, Albéniz y Bordalonga. En 1842, con la protección del Duque de Osuna, Conde de Toreno y Martínez de la Rosa, pasó á París á continuar su carrera, obteniendo como premio en 1846 dos medallas de plata en los concursos de piano y armonía. Fué protegido de Auber, que le distinguía mucho. En 1848 regresó á España, donde hizo grandes trabajos para la creación de la zarzuela. Su primera obra, *El campamento*, estrenada en el teatro del Circo en 1851, fué un triunfo por sus melodías, armonía é instrumentación. Sus demás obras, *El confitero de Madrid*, en tres actos; *Un castillo encantado*, en colaboración con Oudrid; *Por seguir á una mujer*, *La flor del Zuigen*, *Los disfraces* y *El amor por los balcones*, aun cuando muy aplaudidas por la música, no fueron del agrado del público por la insustancialidad de los libretos. *El secreto de una Reina*, *Don Simplicio Bobadilla*, *El alma de Cecilia*, *Un día de reinado*, *La rosa negra*, *Una guerra de familia*, *Si yo fuera Rey*, estrenada en 1862 en el Circo con extraordinario aplauso, por excepción, como una de las obras más importantes de Inzenga. *Un trono y un desengaño*, *Batalla de amor*; *Oro, astucia y amor*; *Cubiertos á cuatro reales*, *Conde y condenado* y *Á casarse tocan*. Además escribió: *Impresiones de un artista en Italia*, *El arte de acompañar al piano* y la *Música en el templo católico*, obras muy estimables. Al morir, era Profesor de canto de la Escuela Nacional de Música, individuo de la Academia de San Fernando y de otras Sociedades artísticas, Comendador de Isabel la Católica y Caballero de la Orden del Cristo de Portugal. Falleció en 28 de Junio de 1891. Fué también fundador y colaborador de *La Gaceta Musical de Madrid* (1855-1878).

Ipeñarrieta y Galdós (Bernardo).

Hijo de D. Cristóbal, Caballero de la Orden de Calatrava, Comendador de Fresneda y Rafales, Consejero de Hacienda, y de Doña Antonia de Galdós. Fué colegial del Mayor del Arzobispo de Salamanca, Oidor de la Cancillería de Valladolid, Consejero del de las Órdenes, Caballero de Santiago, con cuyo carácter concurrió á las honras de la Reina Doña Isabel de Borbón los días 17 y 18 de Noviembre, en la iglesia de San Jerónimo. Casó con Doña Gregoria de Ibarra y Busto, de la que tuvo, entre otros, á D. Francisco José de Ipeñarrieta, también Caballero de Santiago.

Irala (Matías Antonio de).

Religioso lego de la Orden de San Francisco de Paula, pintor y grabador. Nació en 25 de Febrero de 1680, y fué bautizado en la parroquia de San Andrés. Eran sus padres D. Leonardo de Irala y Doña María Torija y Barranco. Tomó el hábito en el convento de la Victoria de Madrid en 1704.

Aprendió en su juventud á dibujar y abrir láminas; y con el ejercicio continuo y estudio que hizo, empleando todos los ratos que tenía desocupados en pintar y esculpir, llegó á hacer cosas excelentes y ser uno de los más sobresalientes artistas de su tiempo, como lo acreditan las muchas estampas que salieron de su mano, en que brilla su gran habilidad en el dibujo. Enseñó también el Arte á varios discípulos, que no dejaron de honrar á su maestro. Falleció lleno de años, el 26 de Diciembre de 1753, en su convento de Madrid. Entre sus cuadros más notables, se distinguen: *San Francisco de Paula distribuyendo plantas medicinales á los pobres*; *Santo Tomás de Aquino*, que existe en Alcalá de Henares, y gran número de *dibujos* y *grabados* que se conservan en el Museo de Madrid.

Írles (José María).

Pintor restaurador, discípulo de D. José de Cala. Nació en 19 de Marzo de 1843, y en la Exposición Nacional de 1876 presentó el cuadro *Una vendedora*. Después se dedicó á la pintura y decorado de palacios, hoteles y establecimientos públicos, siendo considerado como uno de los artistas más inteligentes en su género. Restauró multitud de efectos procedentes del extranjero, donde vivió algunos años; y, por último, marchó á Zaragoza, donde se dedicaba á la reparación de monumentos antiguos y decorado de algunos modernos.

Isabel la Católica.

Reina de España, conocida por los nombres de Isabel I de Castilla y Reina de Castilla, era hija de Juan II, Rey de Castilla, y de su segunda esposa Doña Isabel de Portugal, y hermana de padre de Enrique IV, apellidado el Impotente. Nació en 22 de Abril de 1451. Fué educada esta gran Reina en el retiro y soledad, pues apenas contaba tres años, murió su padre, por lo que Enrique IV heredó la Corona. Las contiendas civiles que destrozaban á Castilla, sostenidas por los ambiciosos magnates, fueron causa de que á la edad de doce años llamara D. Enrique á la Infanta, viviendo desde entonces al lado del Rey, temiendo que pudiera servir Doña Isabel de bandera á los descontentos. Así continuó durante la mayor parte de la guerra civil, y sólo cuando los insurgentes ocuparon á Segovia, después de la célebre batalla de Olmedo, se puso bajo la protección de su hermano menor D. Alfonso. Á la muerte de éste, á quien, como es sabido, habían alzado por Rey los descontentos, retiróse la Infanta á un Monasterio de Ávila, en donde fué visitada por el Arzobispo de Toledo, que en nombre de los confederados, le ofreció el puesto que acababa de dejar vacante D. Alfonso; rogándola que consintiera en ser proclamada Reina de Castilla. La respuesta de Doña Isabel, á pesar de tan seductora oferta, no pudo ser más digna; rehusando sin vacilar un momento, manifestó con toda la firmeza de la rectitud, «que mientras su hermano Enrique viviera, nadie tenía derecho á la Corona; que bastante tiempo había estado el país dividido bajo el mando de dos Monarcas rivales; y que la muerte de D. Alfonso debía interpretarse como un indicio de que el cielo desaprobaba su causa». En vano la elocuencia y las súplicas del Primado intentaron quebrantar su resolución; en vano una Diputación de Sevilla llegó á anunciarla que aquella ciudad había levantado pendones en su nombre, proclamándola Soberana; persistió siempre firme en su negativa, y lejos de fomentar la discordia que tan rápidamente ofrecía elevarla al Trono, manifestó vivísimos deseos de procurar una avenencia entre los dos partidos, ofreciendo con toda la efusión de su alma, influir con su consejo en el ánimo de su hermano D. Enrique, para que reformase los abusos, causa primordial de tales guerras. Tan magnánimo proceder, superior á toda alabanza, sorprendió á los confederados, que no podían ni sospechar siquiera aquel acto de abnegación en una Princesa tan joven, ni tanta firmeza de espíritu en sostenerlo, á pesar del parecer de sus Consejeros; y viendo frustradas sus esperanzas, no les quedó más medio que aceptar una avenencia, procurando que fuese lo más beneficiosa posible.

De este modo, la futura Reina de Castilla pagaba con favores de inapreciable estima, el injusto



ISABEL LA CATÓLICA

desvió y las ofensivas sospechas de su hermano, ganándole voluntades y sosteniendo en su cabeza la vacilante Corona. Pero si la digna respuesta de la hermana de Enrique IV á los que iban á ofrecerle el Trono, la mantuvo alejada de éste por algún tiempo, la Providencia, que para altos fines la tenía reservada, dispuso que de aquella misma avenencia, tan generosamente procurada por la Princesa, tomase origen su incontrastable derecho á la misma Corona que había rehusado, el día en que por la muerte de D. Enrique quedase Castilla sin Soberano. Los nobles y afiliados al bando rebelde, que habían podido apreciar por aquel rasgo de grandeza la elevación de espíritu de la futura Reina, quisieron asegurar para su patria la felicidad en lo porvenir; y así fué, que en el convenio ajustado con el Rey, después de conseguir una amnistía general, y que se divorciase de su esposa, enviándola á Portugal, pidieron y alcanzaron que se diese á Doña Isabel el principado de Asturias, patrimonio ordinario del inmediato sucesor á la Corona, agregando á esto una dotación fija correspondiente á su clase; que fuese reconocida inmediatamente como heredera de las Coronas de Castilla y de León; que se convocasen Cortes para que sancionasen la voluntad de todos los representantes del Estado al derecho de la Princesa, y que no se la obligase á contraer matrimonio contra su voluntad.

Á consecuencia de este convenio, salieron el Rey y la Princesa, de Madrid el uno, de Ávila la otra, seguidos ambos de brillante cortejo de nobles y caballeros; y reunidos en un campo llamado de los *Toros de Guisando*, en la provincia de Ávila, abrazó el Rey á su hermana con muestras del mayor cariño, y la declaró solemnemente heredera de todos sus Reinos. Los nobles fieles al Rey y los del opuesto bando, prelados, caballeros y procuradores, proclaman, reconocen y juran todos por legítima sucesora de Enrique IV á Doña Isabel; el Legado pontificio bendice aquel juramento, y el pueblo recibe con desusado júbilo, como si presintiera su ventura, la nueva de la deseada proclamación. El Monarca se apresuró á comunicarla á todas las ciudades, despachando para ello sus cartas reales, en las que quiso firmase con él su hermana, como muestra de cariñosa deferencia, y más auténtica demostración de su derecho al Trono. Estos preliminares, feliz origen de una era venturosa, recibieron la aprobación unánime de la Nación entera en las Cortes de Ocaña. Y tomamos de este acto, de verdadera soberanía nacional, el incuestionable derecho de aquella Princesa á la Corona, porque la ilegitimidad de *la Beltraneja* no llegó á probarse legalmente, y fué tan pronto declarada como combatida por el mismo Rey, verdadero juez y parte en este litigio.

Doña Isabel, por lo tanto, al tiempo de la muerte de su hermano, tenía un título incuestionable para sucederle, como derivado de la única autoridad que podía darle validez, y mucho más entonces, en que la voluntad del Monarca, por su misma inconstancia, no podía servir de punto de apoyo á ninguna declaración formal. Las Cortes, en representación de los pueblos, de donde emana el poder de los que les mandan, declararon solemnemente el derecho de la Princesa Doña Isabel; ningún título más legítimo para ceñir la Corona, y bien lo reconoció la misma Reina en públicos documentos, en los que, si bien mencionando la opinión popular sobre la ilegitimidad de su infortunada rival, apoya la verdadera fuerza de su causa en la sanción de las Cortes. La causa ó pretexto para nuevos disturbios fué el enlace de Doña Isabel. Los Príncipes vecinos, á quienes la fama había llevado las relevantes prendas de la Princesa, disputábanse su mano, contándose entre ellos un hermano de Enrique IV de Inglaterra, otro de Luis XI y D. Fernando de Aragón, primo de la Princesa, que debía suceder en el Trono de un pueblo hermano, por todos conceptos del de Castilla, y llamados, por lo tanto, uno y otra á realizar juntos la unidad precursora de grandes y gloriosos días. Doña Isabel, que, con su elevación de miras, comprendía toda la transcendencia de aquel enlace, y que, además, miraba con verdadera simpatía, que no tardó en convertirse en profundo amor, las recomendables dotes del Príncipe aragonés, dió la preferencia á éste, mientras se fraguaban distintos planes, que habían de poner á prueba la firmeza de su carácter. D. Enrique, cediendo á las instigaciones de sus validos, y dando al olvido la solemne promesa hecha en *Toros de Guisando*, quiso obligar á su hermana á contraer matrimonio con D. Alfonso, Rey lusitano, que bien pronto se presentó en Ocaña, residencia entonces de Doña Isabel, con una pomposa embajada y el Arzobispo de Lisboa á su cabeza, portadora de las proposiciones de su señor. Prudente, pero enérgica, mesurada, pero resuelta, expuso la Princesa su negativa; y fué tanto lo que irritó á los instigadores de D. Enrique aquella oposición á sus deseos, que les desbarataba codiciosos planes, que resolvieron obtener, atemorizándola, su asentimiento, y la amenazaron con reducirla á prisión en el Real Alcázar de Madrid. Doña Isabel rechazó indignada tan tiránico proceder, y casi todo el pueblo de Castilla, declarado abiertamente defensor de la Princesa, demostraba con políticos actos la preferencia que le merecía el digno escogido de su futura Soberana. Banderas con las armas de Aragón llevaban los niños por las calles, remedando con infantil gracia guerreras mesnadas; entonábanse cantares, en que el pueblo anunciaba con el admirable instinto que le distingue, las glorias que

aquel enlace guardaba para lo porvenir, y hasta llegaban á oídos del Monarca y de su privado satíricas y picantes coplas, en que no salían muy bien parados.

Á pesar de esto, el opresivo é inhumano trato que de su hermano recibía la Princesa, iba en aumento, hasta el punto de que, indignada Doña Isabel, viendo cómo el Monarca rompía el solemne tratado de *Guisando*, se creyó con razón libre de los compromisos que allí había contraído, determinando poner fin á tan difícil estado, y siguiendo únicamente los impulsos de su corazón y de su inteligencia. Prudente y mesurada, sin embargo, no quiso proceder, desde luego, sin obtener la aprobación de los nobles caballeros que la habían ofrecido su auxilio y apoyo, los cuales se la concedieron sin dificultad alguna; y fuerte ya la Princesa con esta aprobación, á que daba gran importancia la de los Jefes que sustentaban al gran partido de Doña Isabel, el Arzobispo de Toledo y el Almirante de Castilla, no vaciló en responder favorablemente al enviado que, de parte del Monarca de Aragón, solicitaba la disputada mano de la Princesa para el futuro Rey aragonés D. Fernando. Como era de esperar, excusando toda dilación el anciano Monarca, que más político y previsor que la mayor parte de sus contemporáneos, había deseado para su hijo aquel enlace, desde mucho antes que Doña Isabel hubiera sido declarada heredera de la Corona castellana, trató de realizar el proyectado matrimonio; y así fué, que en breve se firmó el contrato matrimonial, notable documento, en que se revela la prudencia consumada de la mujer superior que inspiró á sus autores, y el acierto con que procuraron calmar todas las inquietudes, halagando el espíritu de nacionalidad de los castellanos, con las restricciones que á D. Fernando se imponían y la reserva de derechos que se consignaban á favor de Doña Isabel.

Así las cosas, y á pretexto de cuidar que se trasladase á Ávila el cadáver de su hermano Don Alfonso, que estaba depositado en Arévalo, para proceder con más libertad y desembarazo, pasó Doña Isabel de Ocaña á Madrigal, donde residía su madre, la Reina viuda. Pero al mismo tiempo, el Maestre de Santiago, resuelto á romper á toda costa el enlace de la Princesa con el aragonés, confiando poco en que se verificase el del Rey de Portugal, había alentado los deseos del francés; y en Madrigal recibió con sorpresa Doña Isabel la embajada del Cardenal de Arras, quien, de acuerdo con D. Enrique, iba en nombre del Rey de Francia á proponerle la boda con su hermano D. Carlos, Duque de Berri y de Guiana. Sin cejar ni un momento en su propósito, respondió hábilmente al Cardenal: *«Que ella habia de seguir lo que las leyes destos reynos disponian, en gloria y acrecentamiento del ceptro Real dellos»*; con lo cual, *el Cardenal, mal contento, se partió á Francia*. No había procedido ligeramente al dar tal respuesta Doña Isabel; previsora, y queriendo anteponer el bien de la patria á su mismo deseo, «había enviado antes de esto á Francia un capellán suyo, D. Alonso de Coca, para que averiguase de sus costumbres, y lo mesmo hiciese de D. Fernando, Príncipe de Aragón; porque pudiese á la Princesa y á la Reina aconsejar lo que más convenía. Y venido, relató á la Princesa todo lo que conoció de estos Príncipes, diciendo en cuántas excelencias excedía el Príncipe de Aragón al Duque de Guiana, cómo el Príncipe fuese de gesto y proporción de persona muy hermosa y de gentil aire y muy dispuesto para toda cosa que hacer quisiese; y que el Duque de Guiana era flaco y femenino, y tenía las piernas tan delgadas, que eran del todo disformes; y los ojos llorosos y declinantes á ceguedad; de manera, que antes de poco tiempo habría menester más quien le adestrara, que caballo ni armas para usar de caballería. Y allende desto, decía, las costumbres de los franceses ser muy diferentes de las de los españoles... Lo cual todo la Princesa oyó alegremente, porque en todo favorecía al deseo de su voluntad, que era casarse con el Príncipe de Aragón».

Pero mientras Doña Isabel veía de este modo favorecidos sus propósitos, los manejos de sus enemigos la ponían en tan apurado trance, que vióse amenazada de ser reducida á prisión por las gentes del Arzobispo de Sevilla, instigado por el Marqués de Villena, habiendo al mismo tiempo enviado cartas D. Enrique á los vecinos de Madrigal amenazándoles duramente si auxiliaban á la Princesa. Aquellos leales partidarios de la futura Reina, impotentes para resistir las órdenes del Monarca, manifestaron á Doña Isabel cuanto ocurría, suplicándola se pusiera en salvo. En tan críticas circunstancias, abandonada de las personas que más seguridades la ofrecían, próxima á caer en poder de sus enemigos, sin desconcertarse ni un momento, halló medio de comunicar su difícil y crítica situación al Arzobispo de Toledo y al Almirante Enríquez, quienes, reuniendo con gran premura sus guerreros y gentes de armas, lograron salvarla, conduciéndola en triunfo á Valladolid, donde fué recibida en medio de las más fervientes demostraciones de entusiasmo. Acelerábanse al mismo tiempo todos los preparativos necesarios para la boda. Ya el Príncipe D. Fernando había enviado un collar riquísimo de perlas y piedras preciosas, valorado en cuarenta mil florines de oro, como prenda de amor y de palabra empeñada, ofrenda cuyo portador había sido el cronista Palencia; y el mismo, acompañado de Gutierre de Cárdenas, volvióse con el mayor sigilo á Aragón, para acelerar la venida del

Príncipe, antes que D. Enrique y sus pérfidos consejeros trataran de impedir el providencial enlace. Novelescos y llenos del mayor interés son los pormenores de aquella empresa, que con la mayor minuciosidad nos ha transmitido el citado Palencia, que en ella tomó activa parte; y la cual, después de mil peripecias, habiendo estado á punto de morir D. Fernando al golpe de una piedra lanzada desde las almenas del Burgo de Osma por un centinela, terminó con la feliz llegada del Príncipe á Dueñas, en el reino de León, donde todos los castellanos se apresuraron á ofrecerle su adhesión y respetos.

Al recibir Doña Isabel la deseada nueva, escribió á su hermano D. Enrique, avisándole de la llegada del Príncipe y de su proyectado enlace, excusándose de haber tenido que proceder ocultamente por las asechanzas con que la astucia de sus enemigos la habían rodeado, manifestándole al mismo tiempo las ventajas políticas de aquel matrimonio, tanto para lo presente como para lo porvenir, el beneplácito con que había sido recibido por la nobleza castellana, y solicitando, por último, su aprobación, dándole seguridades de leal obediencia, así por parte de D. Fernando como por la suya.

El 15 de Octubre de 1469 fué el día feliz en que, saliendo de Dueñas el Príncipe de Aragón, acompañado tan sólo de cuatro caballeros, llegó á Valladolid para celebrar vistas con su futura, la cual dió con tal motivo nuevas pruebas de su prudencia y elevación de espíritu rechazando la propuesta que la hicieron aduladores cortesanos. Recibido D. Fernando por el Arzobispo de Toledo, duró la entrevista más de dos horas, tratándose en ella de todos los preliminares del matrimonio, siendo tanta la pobreza de los contrayentes en aquellos momentos, que tuvieron que tomar dinero prestado para los gastos de la boda; y, terminada la entrevista, volvióse el Príncipe á Dueñas con el mismo acompañamiento que había traído.

Un año más tenía Doña Isabel que D. Fernando. Era extremada su belleza: *«la más hermosa señora—dice un cronista contemporáneo—que yo he visto jamás, ni tanto de ver como su persona, ni de tal manera é sanctitud honestísima»*.

El matrimonio de Doña Isabel y D. Fernando se celebró públicamente en la mañana del 19 de Octubre de 1469, en el palacio de D. Juan de Vivero, residencia entonces de la Princesa, y destinado después para la Cancillería de Valladolid, solemnizando las nupcias con su presencia el Almirante de Castilla, abuelo del Príncipe, el Arzobispo de Toledo y multitud de personas de elevada jerarquía y del estado llano. Terminada apenas la ceremonia nupcial, despachó la Princesa un mensaje á su hermano noticiándole su enlace y repitiéndole con tal motivo las seguridades de sumisión, al mismo tiempo que le enviaba una copia de los capítulos matrimoniales, basados todos en el respeto debido al Monarca, creyendo así obtener más fácilmente el buen afecto del Rey; pero éste contestó secamente: *«Que hablaría de ello con sus Ministros»*.

Lejos de calmarse en sus ambiciosos proyectos los enemigos de Doña Isabel, al tener la convicción de que ya eran inútiles sus esfuerzos, inclinaron á D. Enrique á que opusiera las pretensiones de la Princesa Doña Juana á la de aquélla, tratando el matrimonio de la segunda con el Duque de Guiana, despreciado pretendiente de la primera; y llevándose tan adelantados los tratos, que vinieron embajadores franceses á convenir con el Rey el proyectado enlace, verificándose la entrevista de Enrique IV con los enviados en una aldea del valle de Lozoya, en el mes de Octubre del año 1469. Allí el débil Monarca, olvidándose de sus resoluciones anteriores, declaraba que su hermana había perdido cuantos derechos pudieran corresponderle, en virtud del Tratado de los Toros de Guisando; y no tuvo reparo, en unión con su esposa, de jurar la legitimidad de la Princesa Doña Juana, proclamándola en tal concepto única heredera del Trono. Excusado es decir que hubo con tal motivo los acostumbrados juramentos de fidelidad, y que concluyó la ceremonia con los desposorios de la Princesa, niña á la sazón de nueve años, con el Duque de Boulogne, á nombre del Duque de Guiana.

No era, entre tanto, holgada ni mucho menos la situación de D. Fernando y de Doña Isabel, que vivían en Dueñas con tal pobreza, que apenas podían atender á las más urgentes necesidades de la vida; y, lejos de ofrecer próxima esperanza de mejoramiento, empezaban á verse abandonados por sus partidarios, cuando la difícil situación del Rey aragonés, por la guerra que sostenía con los franceses, obligó al Príncipe á marchar en ayuda de su padre, siguiendo el consejo de Doña Isabel; conato tan acertado y refuerzo tan oportuno, que debióse á ellos el triunfo sobre los franceses, y el tratado que terminó aquellas contiendas.

Como si el cielo quisiera premiar la noble acción de Doña Isabel y D. Fernando, el porvenir de la futura Reina se presentaba cada vez más claro y bonancible. La muerte del Duque de Guiana, las dudas sobre la legitimidad de Doña Juana, á cada momento reproducidas, eran motivos para que, viendo sus parciales hartos difícil el triunfo de su causa, empezasen á retraerse, prestando interesada atención á los adelantos que en Castilla hacía la causa de Doña Isabel.

Paces con buena intención procuradas por D. Andrés de Cabrera, empleado en el palacio del Rey, y esposo de Doña Beatriz de Bobadilla, la antigua amiga y compañera de Doña Isabel, ajustáronse entre D. Enrique y su hermana, llegando hasta el punto de que el primero recibiese á la segunda con tanto afecto en Segovia, que salió á pasear á su lado, llevando la brida de su palafrén por las calles de la ciudad. Pero no podía esta paz ser muy duradera. Indignamente excitadas en el ánimo del Monarca bajas y calumniosas sospechas acerca de los deseos de Cabrera, suponiendo que éste intentaba asesinarle, no sólo volvió á su antiguo desvío, sino que llegó hasta querer apoderarse secretamente de la persona de su hermana, intento que burló la prudencia de ésta y la fidelidad de sus leales.

Sucedieron á estos acontecimientos otros más graves en Aragón, que reclamaron de nuevo la presencia de D. Fernando en aquellas comarcas; y apenas ajustada una tregua entre los franceses y los de Aragón, la muerte de Enrique IV, extinguiendo la línea varonil de la casa de Trastámara, facilitaba el acceso al Trono á Doña Isabel, dándole ocasión de desplegar las altas dotes de su genio privilegiado.

Hallábase en Segovia la ilustre Princesa; y, al tenerse noticia de la muerte de Enrique IV, apresuráronse á proclamarla Reina de Castilla todos los que formaban su pequeña corte y los vecinos de la ciudad, lo cual hicieron solemnemente el día 12 de Diciembre de 1474. Reunidos á la grandeza el clero y el Concejo, vestidos todos de gran gala, llegaron al Alcázar; y, colocando en medio de ellos á Doña Isabel, se encaminó la comitiva á la plaza Mayor. Vestida la noble señora con el traje real, montaba un soberbio palafrén, cuyas riendas llevaban dos individuos del Concejo, precediéndola á caballo el Alférez mayor, con la espada desnuda, como símbolo de la soberanía. Iba la Reina bajo un rico palio de brocado, cuyas varas llevaban Oficiales de la ciudad, alternando con Caballeros de la nobleza; y cerca de ella marchaba D. Fernando, cuyo traje cubría un magnífico manto de hilo de oro, forrado en ricas pieles de marta. Al llegar la comitiva á la plaza, subió Doña Isabel á un tablado, de antemano erigido; sentóse en el Trono, y proclamaron los heraldos en alta voz: «¡Castilla, Castilla, por el Rey D. Fernando y la Reina Doña Isabel, Reina propietaria de estos reinos!» Desplegóse al mismo tiempo el pendón de Castilla; y las campanas de los templos y las salvas de la artillería del Alcázar, y los vítores entusiastas de la multitud, formaron con indescriptible estruendo alegre concierto para saludar á su Soberana. Recibido el juramento de homenaje y de fidelidad de sus súbditos, y prestado por la Reina el de guardar ilesas las libertades de su pueblo, descendió del tablado, y con el mismo acompañamiento dirigióse solemnemente á la Catedral, donde, mientras se cantaba un solemne *Te-Deum* en acción de gracias al Todopoderoso, se prosternó Doña Isabel ante el altar mayor, y, con toda la fe que animaba su espíritu, pidió al Ser Supremo la iluminase en sus resoluciones futuras, á fin de llenar cumplidamente con justicia y sabiduría los grandes deberes del alto puesto que la Providencia la confiaba.

Las ciudades más populosas y los principales grandes y nobles siguieron el ejemplo de Segovia, y alzaron pendones por Doña Isabel, abrazando su causa hasta cuatro de los seis magnates á quienes había quedado confiada la guarda de la infortunada Beltraneja. Queriendo la Reina que el elemento popular, verdadero fundamento de su soberanía, confirmase su elevación al Trono, convocó las Cortes para Segovia en el siguiente mes de Febrero, las cuales, reunidas, dieron su sanción á estos hechos, prestándola juramento y homenaje.

No tardó mucho tiempo la nueva Soberana en experimentar los sinsabores á que tan ocasionados son siempre tan altos puestos; y para que fuese mayor su sentimiento, aquella primera amargura provino de su mismo esposo. Aduladores palaciegos, que no podían olvidar las debilidades de reinados anteriores, hicieron creer á D. Fernando que á él solo correspondía la Corona de Castilla, como el varón más inmediato descendiente de su estirpe Real, queriendo aplicar á estos Estados el sistema de excluir á las hembras que regía en Aragón. Tales y tan extrañas pretensiones no pudieron menos de producir profundo pesar á la Reina, y extrañeza y disgusto á sus leales partidarios, que recordaban con razón haber regido siempre opuesto principio en Castilla, por lo que no era justo ni legal que se quebrantase entonces, por primera vez, sin razón ni motivo, en perjuicio de la ilustre Princesa. Prudente ésta siempre, deseando complacer en cuanto no fuera opuesto al derecho y la justicia á su esposo, y no queriendo al mismo tiempo que marcharan desunidas voluntades que habían de estar siempre en perfecto acuerdo, para la realización de los grandes designios á que ambos Príncipes estaban llamados, convino en un arreglo, á la manera del que había servido para los contratos matrimoniales, cuyas principales bases fueron: que la justicia se administraría por D. Fernando y Doña Isabel de mancomun, cuando se hallasen juntos, é independientemente cuando estuviesen separados; que las cartas y provisiones reales irían firmadas por ambos; que las monedas llevarían los bustos de uno y otra; y los sellos reales las armas de Castilla y de Aragón, reunidas; que los cargos municipales y los beneficios

eclesiásticos se proveerían en nombre de los dos, pero á voluntad de la Reina; que los oficios de Hacienda y las libranzas del Tesoro se expedirían por la Reina también, y que á ella sola prestarían el homenaje los alcaides de las fortalezas y castillos.

Firmó D. Fernando el convenio, que era á la verdad resultado del arbitraje del Cardenal de España y del Arzobispo de Toledo, nombrados de común acuerdo; los cuales, al extender las referidas cláusulas, fijaron como precedente indudable que la exclusión de las hembras para suceder en la Corona no tenía lugar en Castilla, y que, en su consecuencia, era Doña Isabel la única heredera de estos dominios, y la autoridad que tuviera D. Fernando derivada sólo de su esposa.

No bien terminada esta primera contrariedad, agrupáronse en el horizonte nuevas tempestades que habían de poner á prueba todo el esfuerzo, toda la prudencia, todos los recursos de aquella inteligencia privilegiada. Una bandera de discordia había quedado levantada á la muerte de Enrique IV, como para que á su sombra se agrupasen los ambiciosos y los descontentos, que, acostumbrados á los desórdenes del reinado anterior, no podían ver tranquilamente la nueva era de severidad y de justicia que comenzaba. La hija problemática del difunto Rey, Doña Juana, tan pronto reconocida, tan pronto negada por su padre, fué el pretexto que tuvieron para levantarse algunos envidiosos magnates. Pocos á la verdad, pero de gran influencia en Castilla, eran los principales el Marqués de Villena, menos hábil para la intriga que su padre, pero más intrépido y resentido de los nuevos Monarcas, por haberle negado el gran Maestrazgo de Santiago que pretendía heredar; el Duque de Arévalo, cuyos cuantiosos bienes ocupaban gran parte de Castilla y Extremadura; el joven Marqués de Cádiz; el gran Maestre de Calatrava y su hermano, y por último, el inquieto y altivo Arzobispo de Toledo, D. Alfonso Carrillo, que después de haber sido el más celoso partidario de Doña Isabel, abandonó su causa por celos del Cardenal de España, cuyo talento y cuyas virtudes miraban con justo aprecio los jóvenes Monarcas.

Queriendo el partido de Doña Juana buscar un valedor poderoso, ofrecieron á Alfonso V de Portugal la mano de *la Beltraneja*, que aceptó con tanto más entusiasmo, cuanto que con ello se le proporcionaba motivo de aparecer como el campeón de una Princesa desgraciada y como conquistador de una Corona que esperaba ceñir á su frente. Presuntuoso en demasía, y sin seguir más consejo que el de su ambición, intimó arrogantemente á los Reyes para que renunciasen la Corona, y Doña Isabel, después de rechazar dignamente tan ofensiva propuesta, no queriendo que se malgastasen en luchas intestinas esfuerzos que sólo debían dirigirse contra un enemigo común, y deseando evitar á sus pueblos, á quienes amaba como madre, los horrores de una guerra civil, dirigió diferentes embajadas al portugués, exhortándole á que desistiese de tan loca empresa.

Á pesar de tan nobles esfuerzos, D. Alfonso declaró la guerra, sin escuchar otro consejo que el de su ambición, é invitando al Rey de Francia á que entrase á su vez en España por la parte del Norte, prometiendo dejar bajo su dominio todo el territorio que conquistase. Traspasó la frontera portuguesa por Extremadura en la primavera de 1457, al frente de un ejército de 14.000 infantes y 5.700 caballos. Lo mejor de los caballeros portugueses formaban el séquito del Rey, y avanzando hacia Plasencia, donde se le incorporaron el Duque de Arévalo y el Marqués de Villena, celebró esponsales con Doña Juana; despachó mensajeros á Roma pidiendo la dispensa matrimonial, y dando por hecha la conquista, hizo le proclamasen, en unión de su esposa, Rey de Castilla; envió sus cartas reales á las ciudades, celebró fiestas por su coronación, y esperó tranquilo en Arévalo nuevos refuerzos de los castellanos. En mala ocasión llegaba aquella injusta campaña para la legítima Reina de Castilla y de León.

Empobrecido, si no exhausto del todo, el Tesoro público, por las dilapidaciones é irreflexivas larguezas de Enrique IV; esquilmados los pueblos por las derramas, vejaciones y robos con que los afligían, así los Oficiales reales como los codiciosos próceres, y no apercebidos los Reyes para una guerra que venía á complicar las dificultades y conflictos del interior, logró no obstante Doña Isabel, merced á su extraordinaria actividad, y secundada por muy leales servidores, reparar la falta de recursos metálicos y de aprestos para la guerra, convenciendo al Rey D. Alfonso de que no era una marcha triunfal aquella campaña, cual habían prometido los parciales de *la Beltraneja*. Ni lo peligroso del estado en que Isabel se hallaba, pues encontrábase á la sazón en cinta; ni los rigores de la estación, que era la más ardiente del estío; ni la escasez extremada de medios para dar cima á la empresa, fueron bastantes á quebrantar el ánimo de la Reina, la cual, siempre en movimiento, tan pronto á pie como á caballo, apareciendo con pasmosa presteza en los puntos de mayor compromiso, viajando de día, escribiendo de noche, vigilando siempre, en todas partes se encontraba, á todo atendía; y mientras se entregaba al descanso perezosamente en Arévalo D. Alfonso, reunió como por encanto en Valladolid un poderoso ejército, compuesto de 4.000 hombres de armas, 8.000 jinetes y gran número de gente

allegadiza, pero llevada á las banderas de Isabel por la adhesión y el entusiasmo que demostraban ¡Cuán pronto encuentra soldados que la defiendan, quien acierta á ganar el amor de sus pueblos!

El ejército portugués, con el Rey Alfonso á la cabeza, avanzaba entre tanto; Toro y Zamora habían abierto sus puertas al invasor; D. Fernando, queriendo evitar los desastres que amenazaban á Castilla y el derramamiento de sangre, retaba personal y solemnemente al Rey de Portugal, lid que no se llevaba á cabo por no concertarse en punto á los rehenes que debían de servir de fiadores á la lealtad de ambos Reyes, siendo el de Portugal el más escrupuloso en ello; y falto de artillería y de bastimentos para su numerosa hueste, veíase forzado á mover el campo, retirándose á Toro, lo cual era considerado por los portugueses cual buen augurio, infundiendo extraordinario aliento á los parciales de *la Beltraneja*. La insurrección cundía en consecuencia con rapidez inesperada. Galicia, las tierras de Valencia y del Maestrazgo de Calatrava, ardían en opuestos bandos; nublábase por todas partes el horizonte; y, sin embargo, los próceres mal contentos no conseguían reunir el número de lanzas que habían prometido á los portugueses. La fe y la actividad que habían comenzado á demostrar los jóvenes Monarcas de Castilla no decayeron con los nuevos peligros; tomando en cambio mayores bríos á medida que eran aquellos de más bulto, movíanse con más energía, y ya Fernando como incansable campeón, ya Isabel atrayendo con su prudencia y talento á su bando nuevos magnates y ciudades, consiguiendo que los Ministros del santuario la auxiliasen con los tesoros de sus iglesias, ó convocando con excelente acuerdo las Cortes del Reino, que le prestaron entusiastas su más decidido apoyo, lograron sostener con gloria, aunque con varia fortuna, aquella difícil campaña, hasta que avistándose de nuevo en las cercanías de Toro ambos ejércitos, llegó el momento supremo de decidir tan porfiada lucha.

Animaba á uno y otro campo la esperanza del triunfo, bien que no abrigaban los portugueses tan ardientes deseos de llegar á las manos, como á las huestes de Castilla. Favorecían á las primeras las posiciones ocupadas, lo cual molestaba á D. Fernando; cortado halló por los enemigos el puente del río; cansada llevaba la gente y menguadas no pocas compañías, habiéndose visto obligado á dejar en Zamora alguna fuerza, para guarda de aquella ciudad importante, cuya posesión había sido tan tenazmente disputada: parte de la infantería, rendida al cansancio, se había quedado atrás; faltábale la artillería y estaba el sol próximo á hundirse en el ocaso, cuando avanzó D. Fernando contra el ejército portugués, llevado de su juvenil ardor. Su denuedo daba extremado aliento á los soldados, y con tal coraje fué el acometer, que hallando á los portugueses, que se apoyaban en Toro, situados en una angostura, sin reparar en el mayor número, orden y buenas disposiciones del enemigo, lanzóse impetuosamente á la lucha, exclamando: «¡Adelante, Caballeros de Castilla, que yo soy vuestro Rey!»

Servíale de blanco el estandarte de D. Alfonso, y mezclados en breve ambos ejércitos, mostraban el mismo encarnizamiento, señalándose en el arrojo los próceres de Castilla, que seguían una y otra parcialidad, y entre todos el generoso Prelado que, heredando la sangre de los Mendozas, ilustraba su nombre con el título, que había de inmortalizar en Granada, de gran Cardenal de España. Recio y terrible fué el combate, pero breve. Hacíanse por ambas partes heroicos esfuerzos para alcanzar la victoria; la flor de los caballeros portugueses caía en el campo al ímpetu y coraje de los castellanos, y muerto con el valor de los antiguos capitanes el esclarecido portugués Almeida, pugnaban en balde sus guerreros por ceñir á las sienes de D. Alfonso el soñado laurel del triunfo, volviendo al cabo las espaldas, mientras iluminaban los últimos rayos del sol poniente las vencedoras enseñas de Castilla.

Victorioso D. Fernando, regresó á Zamora, después de haber enviado aviso de su triunfo á Doña Isabel, que se hallaba en Tordesillas; y esta piadosa Reina, queriendo dar gracias á Dios de un modo ejemplar y solemne, fué en religiosa procesión á la iglesia de San Pablo, caminando por las ásperas calles á pie y descalza; y más tarde á Toledo, dando lugar á la erección del monasterio conocido en la misma ciudad con el nombre de *San Juan de los Reyes*, notable monumento, con razón calificado por propios y extraños como página de gloria para las artes españolas.

Las consecuencias de la batalla de Toro fueron decisivas; preparada y recibida con grandes regocijos en todos los ángulos de la Monarquía la noticia de la victoria, las fortalezas que se negaban antes á recibir á los soldados de Doña Isabel, bajaban ya los puentes levadizos para reconocer su autoridad suprema; las ciudades que, por debilidad ó cálculo, habían levantado pendones por la Beltraneja, enviaban á la Reina mensajeros y diputaciones para rendirle pleito homenaje; y esta rápida conquista de las voluntades ponía á los Monarcas en disposición de poder rechazar las atrevidas incursiones de los franceses que, juzgando fácil empresa apoderarse de las mejores provincias del Norte de España, rompieron la frontera española por la parte de Guipúzcoa, acometiendo la importante plaza de Fuenterrabía. Dos veces fueron heroicamente rechazados por los fieles guipuzcoanos y vizcaínos, y tan noble proceder bien merecía que el Monarca mismo acudiera á infundir nuevos ánimos á sus leales,

escarmentando de una vez para siempre la osadía de nuestros ambiciosos vecinos; y tan acertado fué este acuerdo, que á la noticia sólo de la aproximación de D. Fernando, se retiraron los franceses á Bayona, sin esperar al vencedor de Toro.

Entre tanto, sola Doña Isabel en Castilla, demostraba sus grandes dotes de gobierno y la entereza de su espíritu. Diariamente recibía nuevas sumisiones de magnates rebeldes, entre los cuales el mismo Arzobispo de Toledo, el Marqués de Villena, el Maestre de Calatrava, el Conde de Ureña y demás Jefes de los insurrectos, se vieron precisados á implorar el perdón de la Reina, jurándola fidelidad y obediencia, contra los Reyes de Francia y de Portugal, contra sus aliados y contra todas las personas que en lo más mínimo tratasen de ofenderla. Un solo acontecimiento, que pudo ser muy grave, pero del que la ilustre Princesa supo triunfar con su valor y prudencia, turbó la prosperidad de aquellos días. Hallábase la Reina en Tordesillas con su fiel servidor, Andrés de Cabrera, Marqués de Moya y antiguo Alcaide del Alcázar de Segovia, cuando tuvo noticias de que algunos mal avenidos con el mando de Cabrera, turbaban la tranquilidad de Segovia, y que, alentados por el Obispo de la ciudad, habían sublevado al pueblo, tomando por sorpresa las fortificaciones exteriores, matando á D. Pedro de Bobadilla, suegro del Alcaide, que á su nombre tenía el Alcázar, durante la ausencia del Marqués de Moya, y tratando de apoderarse de la Princesa Doña Isabel, heredera del Trono, que vivía en aquella fortaleza bajo la protección de Bobadilla, mientras sus regios padres acudían á las necesidades de la guerra. Recibir la Reina Doña Isabel la nueva de tan desagradable suceso, y montar á caballo para Segovia, fué todo una misma cosa. Con la celeridad del rayo, y seguida del Cardenal de España, del Conde de Benavente, del Marqués de Moya y de otros pocos de la Corte que llevó en su compañía, se presentó en las inmediaciones de la ciudad. Algunos habitantes que la salieron al encuentro la pidieron, en nombre de los demás, que no entrara acompañada de Benavente y de Cabrera. «Soy la Reina de Castilla — contestó con entereza Doña Isabel —, y no estoy acostumbrada á recibir condiciones de súbditos rebeldes». Y prosiguiendo inalterable con su pequeña comitiva, se entró en el Alcázar por una de las puertas que se conservaba en poder de los suyos. Al ver las escasas fuerzas con que acudió la Reina al Alcázar, envalentonados los revoltosos trataron de asaltarle, y aumentándose más y más la furia de la multitud con los obstáculos que á sus intentos oponían aquellos muros, llegaron sus defensores á juzgar necesario rechazar la fuerza con la fuerza; Doña Isabel, queriendo evitar los horrores de aquella fratricida contienda, ordenó á todos los que la rodeaban suspendieran sus propósitos, y descendiendo sola al patio del Alcázar, mandó abrir las puertas, y cuando se precipitaba el pueblo con el ímpetu del triunfo que juzgaban haber conseguido, se presentó á la entrada, majestuosa y digna, é imponiendo con su sola presencia, más que todas las lanzas de sus guerreros, dijo sin inmutarse á los amotinados: «¿Qué queréis? ¿Cuáles son vuestros agravios? Yo los remediaré en cuanto pueda, porque estoy cierta de que vuestro bien es el mío y el de toda la ciudad». Á tan enérgicas cuanto conciliadoras palabras, los tumultuados apenas se atrevieron á responder, que querían la deposición de Cabrera; y conociendo la Reina que el mejor medio de que saliesen del Alcázar los revoltosos, que se habían ya apoderado de alguna de sus defensas, era conseguir que los mismos amotinados fueran los primeros que la ayudasen á arrojar del Alcázar á los que quisieran permanecer en él, «está depuesto Cabrera — contestó —, y tenéis mi licencia para echar á cuantos ocupan el Alcázar sin mi orden, que quiero entregarlo á persona que le guarde en servicio mío y provecho vuestro». El objeto de Doña Isabel vióse cumplido; el pueblo gritó entusiasmado: «¡Viva la Reina nuestra señora!», y subiendo á las torres y muros expulsó á los de una y otra parcialidad, con lo que sosegado el tumulto y encomendado el Alcázar á Gonzalo Chacón, retiráronse los amotinados, obedeciendo á Doña Isabel, que les manifestó por despedida enviaran al día siguiente los Diputados que quisieran para que le presentasen las quejas que tuvieran que exponer y los agravios que reparar. Abierto al siguiente día aquella especie de juicio público, castigados los que resultaron culpables, y manifiesta la inocencia de Cabrera, tuvo Doña Isabel bastante energía para reponerle en su antiguo cargo, y el pueblo, conociendo la justicia de aquella decisión, no sólo la respetó, sino que la dió su apoyo, como acontece siempre, cuando los pueblos conocen que la más estricta legalidad y justicia presiden á las decisiones de los que mandan. De este modo aquella gran Princesa supo terminar una insurrección que amenazaba ser desastrosa y funesta, sin más armas que su rectitud y su prudencia; y llevó su generosidad y fino tacto hasta el punto de que, al mandar que las maltratadas puertas del Alcázar se reparasen, dispuso que esto se hiciera, no á costa del pueblo que las había roto, como hubiera mandado otro Monarca menos grande, sino á expensas de la Reina, destinando para ello sus joyas, á fin de no distraer con tan imprevistos gastos los escasos fondos del Tesoro, que á tantas atenciones eran necesarios.

Terminada de tan admirable manera la insurrección de Segovia, con la actividad acostumbrada, marchó Doña Isabel á Toro, donde sus guerreros combatían contra el alcázar y sus fortalezas, sostenidos por D. Juan Ulloa y Doña María Sarmiento, su mujer, obstinados defensores de la causa de Doña Juana; y la sola presencia de la Reina en el campo de los sitiadores, dió tal vigor á los combatientes, que á los pocos días se rindieron todos los fuertes, mostrándose después Doña Isabel tan generosa como grande, al perdonar á Ulloa, dando al olvido sus pasados errores. De tal modo conseguía la ilustre Princesa en todas partes fáciles victorias, teniendo el indecible placer de anunciar á su esposo, cuando regresaba de las provincias del Norte, la nueva de haberse posesionado de la ciudad y alcázar de Toro, uno de los más importantes baluartes de los portugueses.

No estaba, sin embargo, con esto completamente abatido el estandarte de la rebelión. Seis meses después de la conquista de Toro, y á pesar de que casi todas las plazas rebeldes del interior de Castilla se hallaban en poder de los Monarcas, manteníanse algunas plazas en Extremadura fieles á los portugueses, causando sus defensores en todos aquellos feraces territorios los mayores daños y desafueros. No era Doña Isabel Princesa que viera el daño, sin procurar ponerle rápido remedio; y mientras D. Fernando se ocupaba en otros importantes asuntos de Francia, de Navarra y de Aragón, la Reina, al frente de algunas tropas regulares y de las milicias de la Santa Hermandad, ya por este tiempo organizada, recorría los campos y poblaciones de Extremadura, Andalucía y las fronteras de Portugal, alentando á los capitanes, rescatando castillos é impidiendo las invasiones y correrías de los del vecino reino. En vano sus consejeros y caudillos la exhortaban á que cuidase más de su salud, no exponiéndose á las enfermedades epidémicas del país, á las privaciones consiguientes, á la escasez de mantenimientos, á los peligros del enemigo y á las fatigas y trabajos de aquella vida agitada, aconsejándola se retirase más adentro en sus dominios, y fiara á sus generales el éxito de la campaña: «No he venido — contestaba siempre la magnánima Reina — á huir del peligro y del trabajo, ni entiendo dejar esta tierra, dando tal gloria á los contrarios ni tal pena á mis súbditos, hasta ver el cabo de la guerra que hacemos ó de la paz que tratamos».

Tenaz era la lucha de los pocos que aún seguían la causa del Rey portugués; pero ganando cada vez más terreno la autoridad regia, por la enérgica actividad de Doña Isabel, secundada siempre por D. Fernando, acercábase el momento en que había de terminar aquella guerra tan locamente empeñada como sin concierto proseguida. No ayudaba poco al rápido desaliento que iba apoderándose del Rey de Portugal, el nuevo desengaño que le ofrecía la defección de Luis XI, que por las gestiones del Rey de Aragón, se separaba de la alianza con el portugués, y la revocación que el Papa Sixto V hizo de la dispensa matrimonial que había concedido para el enlace de D. Alfonso y *la Beltraneja*, fundándose en la falsa exposición de los hechos, que se habían alegado para obtenerla; todo lo cual hacía cada vez más desesperada la causa de aquel Monarca. La guerra, sin embargo, continuaba, y los reveses para el portugués se sucedían. En la batalla de Albuera, el Maestre de Santiago daba dura lección á los invasores; Doña Isabel, resuelta á concluir de un golpe aquella campaña, mandaba sitiar á un tiempo Mérida, Medellín, Montánchez y otras fortalezas de Extremadura; y ante tan rápida sucesión de acontecimientos, todos desfavorables, vencido D. Alfonso en su loca ambición, aceptó la oferta que se le hacía para contratar una paz, ya necesaria, su cuñada la Duquesa de Viseo, Doña Beatriz de Portugal, tía materna de la Reina Isabel. Propuesta una entrevista, que la Reina aceptó, generosa siempre, verificóse aquélla en la fronteriza villa de Alcántara; y después de ocho días de conferencias y amistosas pláticas entre ambas Princesas, conviniéronse en las capitulaciones (1479), que pocos meses después ratificaron los Monarcas.

Terminada de este modo la guerra de sucesión, que durante cerca de cinco años había asolado las provincias castellanas, agotando el Tesoro y pervirtiendo las costumbres, elevóse más y más el alto concepto que ya merecía á sus pueblos Doña Isabel, y entregándose en todas partes á las expansiones de alegría, sintiéronse renacer los castellanos con la esperanza de próximas prosperidades.

Sólo la desdichada Doña Juana — como escribe un historiador —, llamada en Castilla *la Beltraneja*, en Portugal *la excelente señora*, obligada á esperar para casarse á un Príncipe niño, después de condenada á renunciar á la mano de un Rey provento, Princesa declarada heredera de un Trono, y llamada á otro para no llegar á ocupar ninguno, sufrió en aquella avenencia. Acaso Dios llamaba á esta desventurada Princesa á la tranquila vida de la oración y el recogimiento, y conociéndolo así, tomó el hábito en el convento de Santa Clara de Coimbra, donde profesó al año siguiente de 1480. No fué, sin embargo, su vocación tan completa, que no rompiese después la clausura, trocando el tosco sayal por las vestiduras reales, y firmando hasta el fin de sus días «Yo la Reina».

Poco después, la muerte de D. Alfonso, ocurrida en Cintra, en el mes de Agosto de 1481, acabó de

quitar hasta la más remota esperanza de locas aspiraciones á los partidarios de Doña Juana; y como algún tiempo antes (Enero de 1479), hubiese bajado también al sepulcro el Rey Juan II de Aragón, viéronse los jóvenes Monarcas, D. Fernando y Doña Isabel, en tranquila posesión de dos vastas y poderosas Monarquías, que unidas y encaminadas á grandes fines por la voluntad acorde de los regios esposos, habían de realizar en la historia una misión providencial, cerrando el difícil y agitado período de la Edad Media.

Pacificado el reino, y contando con el poderoso auxilio de los aragoneses, la incansable Princesa, después de haber restablecido el orden en la administración pública, por medio de oportunas leyes, volvió sus miradas á la parte meridional de España, donde todavía, y como precisa consecuencia de las estériles guerras en que malgastaron sus fuerzas los cristianos, ondeaba el pendón de la media luna. El reino de Granada, donde se habían refugiado los restos de todas las razas sectarias de Mahoma, que habían venido á España, aunque de poco extenso territorio, era todavía poderoso y respetable, mucho más contando con los refuerzos que en momentos supremos pudieran enviarle de las costas africanas. Ceñía la Corona de aquel último y preciado baluarte de los infieles el célebre Muley-Abul-Hazén, Príncipe esforzado y animoso, amigo de la guerra, fanático musulmán, y que antes de llegar al Trono, había alcanzado triste celebridad entre los cristianos, por sus repetidas algaradas sin respeto á paces ni á concertadas treguas. Desde el año 1466, empuñaba el cetro por muerte de su padre el prudente Aben-Ismael, aliado más que enemigo de Enrique IV, hasta el punto de que durante el reinado de ambos Príncipes, vivieron en casi perfecta unión sarracenos y cristianos, como si hubieran olvidado por completo sus odios de raza y de creencias.

Bien quisiera Muley-Hazén, desde el momento de subir al Trono, entrar en abierta lucha con los castellanos; pero el ejemplo de las discusiones y disturbios de éstos había cundido al reino granadino, promoviendo peligrosas y frecuentes excisiones el ambicioso Alcaide de Málaga, hasta el punto de que, lejos de declarar la guerra Muley á los cristianos, tuviese que pedir treguas á Castilla. Recibida la petición del granadino por los Reyes, que á la sazón se hallaban en Sevilla, contestaron que mandarían un enviado á Granada con las condiciones de aquella prórroga; y, en efecto, pasados pocos días, llegaba á las puertas del Alcázar, con lucido aunque corto acompañamiento, el Comendador de Santiago, D. Juan de Vera, el cual, introducido en la sala de Embajadores de la Alhambra, delante de Muley, manifestó que no podía prorrogarse la tregua, si no se pagaba á los Reyes de Castilla el tributo de dinero y cautivos que se habían comprometido á dar los anteriores Emires. Irritado el musulmán con tal propuesta: *«Id y decid á vuestros Soberanos — contestó — que ya murieron los Reyes de Granada que pagaban tributo á los cristianos, y que en Granada no se labra ya oro, sino alfanjes y hierros de lanza contra nuestros enemigos»*. Tan altiva respuesta, por más que estimulase los deseos de romper la tregua que sostenían Doña Isabel y D. Fernando, tuvo que quedar por entonces sin correctivo, á causa de la guerra de Portugal, que absorbía todos los recursos de Castilla, contentándose con exclamar D. Fernando más de una vez: *«Yo arrancaré sus granos á esta Granada, uno á uno»*. Pero, cuando terminada aquella campaña, sosegado el reino de Castilla y enlazadas ambas coronas, pudo la prudente Doña Isabel volver sus ojos con mirada de conquista al codiciado reino granadino, sólo pensó en conducir á sus guerreros á las fértiles vegas de aquellas comarcas, para humillar de una vez para siempre, en nuestro suelo, el estandarte del Profeta.

No se hizo esperar mucho tiempo el anhelado instante de comenzar la campaña. Rompiendo imprudentemente la tregua el Rey moro, sorprendiendo en noche aciaga y tormentosa la fortaleza de Zahara, degollando sin piedad á sus valientes defensores, y llevando entre cadenas á Granada á los ancianos, los niños y las mujeres, en medio de soldados, y víctimas de los más duros tratamientos, dió motivo á que rompieran las hostilidades los Reyes Católicos, respondiendo á aquella cruel é inmotivada sorpresa con el asalto de Alhama, llave del reino granadino. En vano el viejo Hazén, ardiendo en sed de venganza, corre al frente de un poderoso ejército para rescatar la ciudad perdida de manos de D. Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz, que la defendía; el generoso Duque de Medina Sidonia, enemigo declarado de los Ponce de León, admirando el heroico esfuerzo con que D. Rodrigo rechaza una y otra vez las acometidas del mahometano, parte á la cabeza de sus guerreros para socorrer á su antiguo enemigo, y su sola presencia, al llegar al valle de Alhama, pone en vergonzosa fuga al enfurecido Muley. El Marqués de Cádiz recibe en sus brazos, conmovido por la emoción más pura, al que fué su enemigo y es ahora su libertador; y aquella reconciliación, fruto de la feraz semilla sembrada con pródiga y discreta mano entre los magnates de su reino por Doña Isabel, fué el anuncio de la épica victoria que, tras de multiplicadas hazañas, habían de conseguir unidos.

Animados por el deseo de alcanzar nuevos triunfos, el Cardenal de España, los Duques de Villa-

hermosa, de Medinaceli, de Alburquerque y del Infantado, los Condes de Cabra, de Treviño, de Ureña, de Cifuentes y de Belalcázar, los Marqueses de Cádiz y de Villena, el Condestable de Castilla; los Maestres de Calatrava y de Santiago; el Comendador de León, y otros muchos Caballeros, se apresuraron á reunir una hueste de ocho mil caballos y diez mil peones, que, con el Rey D. Fernando á la cabeza, llegó sin obstáculo á Alhama. Surtiéronse los almacenes; repartiéronse premios entre los más valientes defensores; convirtiéronse las tres principales mezquitas en iglesias cristianas; bendiéndolas el ilustre Cardenal Mendoza, y las dotó de vasos y ornamentos sagrados; la piadosa Reina ofrecía bordar con sus propias manos los que habían de servir para el templo de la Encarnación, el primero que en su reinado se consagró al culto católico, ganado á los enemigos de la fe; el Rey dió las gracias por su heroica conducta á D. Diego de Merlo y sus Capitanes; se relevó la guarnición, reforzándola con mil infantes y cuatrocientas lanzas de las Hermandades; y no queriendo el Rey dejar aquella tierra, sin hacer un alarde que hiriese el orgullo musulmán, salió con su hueste á correr la vega de Granada, destruyendo sembrados y molinos, apresando ganados, y proporcionando con esto nuevas provisiones á los de Alhama; hecho lo cual, se volvió con el ejército á Córdoba.

Atendiendo á todo con su acostumbrada actividad, despachaba entre tanto la Reina desde Córdoba, cartas y provisiones entusiastas y apremiantes á todas las ciudades y Caballeros de Castilla y León, Galicia, Vizcaya y Extremadura, para que acudiesen á proseguir la comenzada guerra; y como tuviera noticia de que en África se disponían los súbditos del Rey de Marruecos á pasar á nuestras costas, para defender á sus hermanos en creencias, mandó armar una escuadra, que encomendó á los Almirantes más valerosos y de probada pericia, los cuales, cruzando constantemente el Estrecho, impidiesen todo desembarco y comunicación con la costa de Berbería.

El desgraciado éxito de la toma de Loja, en cuyo terrible combate peligró muchas veces la vida de D. Fernando, causó gran sentimiento á la Reina, que tuvo, sin embargo, bastante energía para no demostrarlo en público, y para hacer que fuesen en auxilio de los defensores de Alhama los guerreros andaluces, poniendo en fuga á una legión sarracena que, suponiendo acobardada la guarnición con la derrota de Loja, había acudido de nuevo á reconquistar aquella importante plaza.

Con esto, la previsora Doña Isabel conoció que era necesario extender á más anchos horizontes su colosal empresa, preparándola de tal modo que el éxito fuera seguro. Para conseguirlo, volvió con su esposo á Castilla, dejando las fronteras de Andalucía encomendadas al celo de Capitanes experimentados y valientes; reunió Cortes en Madrid, en las cuales, ya satisfaciendo con benevolencia y cordura las peticiones de sus pueblos, ya administrando justicia á los que invocaban sus fueros, ya, en fin, dictando disposiciones generales para quitar toda cizaña del floreciente campo de la Monarquía, logró entonces, como siempre, las bendiciones de sus vasallos, obteniendo, además, cuanto había menester para obtener la conquista de Granada. Los particulares y personas pudientes del reino, queriendo contribuir también á esta empresa, acudieron para su realización con un empréstito general; y el Soberano Pontífice expidió un notable *Breve*, con el cual autorizaba á Doña Isabel y á Don Fernando para que, así las rentas del clero, como de las Órdenes militares de Castilla y Aragón, pudieran ser aplicadas por los Monarcas, según la ocasión lo pidiera, á los gastos de la guerra, otorgando al propio tiempo á cuantos tomasen armas bajo sus pendones, las indulgencias de la Cruzada.

Pero no era posible llegar al logro de las aspiraciones de los Reyes y de sus pueblos sin nuevos contratiempos y dolores; la tristísima nueva de uno de los más terribles desastres que había llorado la España cristiana, llenó de luto el corazón de Doña Isabel y de D. Fernando. El valor imprudente del gran Maestre de Santiago, D. Alfonso de Cárdenas, llevó un lucido ejército á las tierras de Málaga, desoyendo el consejo del Marqués de Cádiz, y en aquellas escabrosas angosturas, el atrevido Muley Abdallá, conocido por el Zagal, y hermano del viejo Hazén, derrotaba completamente al ejército cristiano, pudiendo á duras penas salvarse el Maestre de Santiago y el Marqués de Cádiz, y quedando cautivo el Conde de Cifuentes. Tan triste nueva, si produjo honda impresión en Doña Isabel, no fué bastante para entibiar en lo más mínimo su entusiasmo y el de sus pueblos, y los más poderosos magnates y preladados, y las villas y ciudades más importantes, acudieron á los Reyes para consolarlos y fortalecerlos en aquella desventura.

Fausto acontecimiento vino en breve á borrar por completo la impresión producida por este contratiempo. Deseoso Boabdil de oscurecer la gloria de su padre y la que acababa de conseguir con aquel triunfo su tío Abdallá, resolvió llevar las armas granadinas al centro de los dominios cristianos: acompañado de Aliatar, marchó sobre Lucena, y en aquella desgraciada expedición, que costó la vida al viejo Alcaide de Loja, después de ver morir á su lado á los caballeros que formaban su guardia, cayó prisionero el mismo Rey Boabdil, entregando el ensangretado alfanje al Alcaide de donceles.

Al tener noticia de tan gran victoria, difundióse la alegría entre los cristianos, y trasladado el Monarca prisionero con gran ceremonia á Córdoba, y conducido después á la fortaleza de Porcuna, bien pronto recibió D. Fernando en la antigua capital del Califato la Embajada de la Sultana Aixa, madre de Boabdil, que enviaba á todos los nobles de su partido, ofreciendo gran suma de dinero y multitud de cautivos cristianos por el rescate de su hijo.

En diversos pareceres dividióse con tal motivo los consejeros de D. Fernando: el Maestre de Santiago y otros muchos opinaron que debía conservarse al prisionero como prenda de inmenso valor, mientras el Marqués de Cádiz aconsejaba darle libertad, porque de este modo permanecerían cada vez más vivas las discordias entre los mulsumanes, facilitando el triunfo para las armas cristianas. Ante tan opuestos pareceres, el Rey, que conocía toda la importancia del consejo de su esposa, ausente á la sazón en las provincias del Norte, decidió consultarlo, y como el voto del Marqués estuviese en armonía con la política que ya había iniciado Doña Isabel al tratarse del socorro de Alhama, su contestación fué, como no podía menos, favorable al dictamen del de Cádiz, con lo que se acordó el rescate de Boabdil, pero con las más favorables condiciones para los cristianos. Por ellas Boabdil se declaraba fiel vasallo de los Reyes de Castilla; se obligaba á pagar un tributo anual de 12.000 doblas de oro; á entregar 400 cautivos cristianos; á dar paso por sus tierras á las tropas de D. Fernando y de Doña Isabel para hacer la guerra á su padre Muley-Hazén y á su tío el Zagal; á presentarse en la Corte cuando á ella fuera llamado, y á dar su hijo y los de los principales nobles en rehenes, para la seguridad de aquel concierto, guardándose tregua, por dos años, entre el Príncipe infiel y los Reyes de Castilla y Aragón.

Apenas de regreso en la frontera granadina aquel Rey musulmán, no sin razón llamado el Zogobi (el Desventurado), y después de pasar por el amargo trance de despedirse de su hijo más querido, las previsoras miras de Doña Isabel empezaron á realizarse.

Preparábase en la Corte de los Reyes de Castilla y Aragón todo lo necesario para plantear un sistema general de campaña; y alma de aquella empresa, Doña Isabel, á todo atendía, de todo cuidaba; así alentaba al Rey, su esposo, como sabía estimular al simple soldado; y velando incesantemente para que no faltasen al ejército armamentos, víveres y municiones, demostraba con su actividad incesante que no había de tener reposo hasta ver tremolar el pendón de la cruz sobre los minaretes de la Alhambra. Al comenzar la primavera de 1484, los guerreros castellanos y aragoneses llegaron hasta amenazar la ciudad más importante del ya escaso territorio granadino: la soberbia Málaga, emporio de riqueza y puerto importantísimo, porque en él desembarcaban los socorros de África, que era el único punto por donde podía encontrar algún amparo el Rey de Granada: Alora, Setenil y otras muchas fortalezas de la serranía de Ronda caían en poder del Rey D. Fernando, auxiliado por el incansable y distinguido madrileño D. Francisco Ramírez, esposo de Doña Beatriz Galindo (la Latina). La ardiente caridad de Doña Isabel, al sacar á los infelices cautivos de las mazmorras de Ronda, no sólo les prodigaba los consuelos de una madre, sino que, facilitándoles vestidos y alimentos, les proveía de cuanto necesitaban para volver á sus casas, y reponerse en el seno de la familia de los tristes y terribles días del cautiverio.

Aprovechando Doña Isabel la civil contienda entre los Reyes moros, apoderóse de los castillos de Combil y Alhabar, para cuya expugnación necesitaron la artillería, que, pesada y de difícilísimo transporte en aquella época, estaba, sin embargo, llamada á jugar importante papel en la campaña, gracias á la poderosa voluntad de la Reina, que, á través de ásperas y fragosas sierras, logró abrir anchos caminos para que pasaran los trenes de batir. No menos afortunado el ejército en Loja, consiguió D. Fernando reconquistarla, dejando así vengado el descalabro que sufriera en la cuesta de Albohazún; y rendido el presidio de Illora, conquistada la villa de Moelín, fortaleza á que daban los moros el título de *Escudo de Granada*, escuchaban los Reyes, en la rendida fortaleza, el solemne canto de *Benedictus qui venit in nomine Domini*, entonado por los pobres cautivos, que de este modo pagaban á sus Reyes el beneficio de la libertad que conseguían.

Fundada Málaga en un valle, que se extiende á orillas del mar, y guarecida por levantadas cordilleras de montañas, rodeada de altos y robustos muros, coronados de fuertes y almenadas torres, dos fortalezas que gozaban fama de inexpugnables la defendían: el castillo de Gibralfaro, asentado en la cumbre del cerro más inmediato al mar, y la renombrada Alcazaba, en la pendiente de aquel mismo cerro, casi tocando á la playa. Málaga florecía, pues, en la paz, no desprovista de medios y defensas para la guerra.

Á conquistarla para el cristianismo se dirigían las vencedoras armas de Castilla; pero no había de lograr el ejército sentar sus reales, sin verse obligado á ganar el terreno palmo á palmo.

Al ver D. Fernando que el valor de los soldados de Hamet comenzaba á infundir respeto en los Reales cristianos, y conociendo que el medio más eficaz para reanimar el entusiasmo era la presencia de la Reina, envió un mensaje á Córdoba, en donde la ilustre Princesa residía, atendiendo así á la gobernación de sus Estados, como á proveer de cuanto necesitase el ejército, rogándola se presentara en el campamento. Sin vacilar un solo instante se puso en camino, acompañada del Cardenal de España y de otros elevados dignatarios de la iglesia, de la Infanta Doña Isabel y de gran número de damas y caballeros de su Corte, que formaban lucida comitiva, y presentóse de improviso en los Reales, despertando en todos los corazones un entusiasmo indescriptible. Á pesar de tan favorables circunstancias, Doña Isabel anhelaba poner término al cerco sin más derramamiento de sangre; y la justa saña del Rey Católico se templó á su ruego, hasta el punto de intimar de nuevo á los defensores de Gibralfaro y de la Alcazaba la entrega de la ciudad, ofreciéndoles en cambio toda clemencia. No faltaban mercaderes, labradores y propietarios, gente más dada á las pacíficas tareas de la industria que á los sangrientos azares de la guerra, que quisieran de buen grado aceptar las negociaciones ofrecidas por D. Fernando; pero Hamet, enfurecido contra los que prestaban oídos á los tratos de paz, ensangrienta bárbaramente sus armas contra aquellos pacíficos ciudadanos, y atribuyendo á falta de pólvora el silencio que la artillería cristiana guardaba desde la llegada de la Reina, rechaza con insolente respuesta la Embajada de D. Fernando. Conociendo éste cuál era la causa principal que tanta arrogancia infundía en el altivo Hamet, mandó que se hiciese una descarga general en todas las baterías á un tiempo, para que viesen los de Málaga cuán falsos eran los rumores que habían esparcido entre ellos, y que sobraban á los sitiadores cuantos aprestos bélicos eran necesarios para llevar á cima la comenzada conquista. La ciudad entera vaciló en sus cimientos ante aquella terrible descarga, que sembró el espanto y la muerte entre los soldados de Hamet; pero pasados los primeros momentos de estupor, consiguió el indomable Zegrí infundir nuevo aliento á los suyos, y que decidieran morir antes que entregarse á las vencedoras armas cristianas.

Las poderosas máquinas de guerra proseguían entre tanto su tarea de destrucción: las tiendas del Marqués de Cádiz, puestas al frente del castillo de Gibralfaro, eran visitadas por Doña Isabel, infundiendo con esto nuevos bríos en los defensores en aquella parte del campamento, tan importante para el sitio. Pero cuando el caudillo moro, que sin cesar á todo atendía, vió desde los altos baluartes de la fortaleza al Marqués de Cádiz, afanado en festejar dignamente á la Reina, mandó poner en el más alto torreón de Gibralfaro, como padrón de vergüenza, el estandarte cogido al altivo Marqués en la Rota de la Axarquía.

Aquella provocación era un duelo terrible, y el Marqués de Cádiz lo aceptó dignamente; certero y sostenido fuego envolvió durante veinticuatro horas en espesa nube de polvo y humo el castillo, y la torre donde con tanta imprudencia había sido desplegada la enseña de D. Rodrigo, quedaba del todo desmantelada, mientras reducidas á escombros otras menos fuertes, dejaban en los muros ancha brecha abierta al impaciente valor de los soldados del Marqués. Bien hubieran querido éstos lanzarse por ella á la ciudad; pero las sombras de la noche lo impidieron, valiéndose en cambio de ellas, con astucia poco digna, los del Zegrí, para caer rudamente sobre el campamento del de Cádiz, acaudillados los feroces gomeles por Ibrahim Zenete, segundo de Hamet. Descansaba el Marqués en su tienda abrumado por la fatiga, cuando oyó el ruido de la pelea que trababan sus soldados con los malagueños; y levantándose indignado ante aquella cobarde acometida, lanzóse en medio de los suyos, animóles con su voz, y tan poderosa fué la resistencia, á pesar de la sorpresa, que los sarracenos tuvieron que replegarse al castillo, llevando herido de una lanzada á su atrevido Jefe Ibrahim.

El cerco, en tanto, estrechábase cada día; Málaga, que esperaba ser socorrida por Muley-Abdallá, sabía con desaliento que había sido derrotado por Boabdil, llevando éste su humillación hasta el punto de noticiar á D. Fernando aquella victoria, y de enviar á la Reina Doña Isabel un magnífico regalo de preciosas telas de seda y oro, de perfumes orientales, de caballos, armaduras, vestidos y joyas de subido precio y primorosa labor; el Rey de Tremecén, deslumbrado por el creciente poderío de los Reyes Católicos, solicitaba al mismo tiempo su amistad y hasta su protección, quitando así á los sitiados toda esperanza de recibir de África auxilio alguno. Los víveres escaseaban en la ciudad; el hambre comenzaba á hacer presa en sus defensores; los habitantes de Málaga, desfallecidos y desesperados, pedían la paz; pero Hamet-el-Zegrí resuelto á morir, antes que entregarse, despertando el fanatismo musulmán, procuraba resistir hasta el último trance.

La voladura de una de las cuatro torres que defendían el puente, facilitó la victoria. Hamet, al ver tan cerca de la plaza los estandartes cristianos, comprende que no hay más medio de salvación que fiarlo todo á un combate decisivo, y al frente de sus desesperados gomeles y acompañado del Derviche,